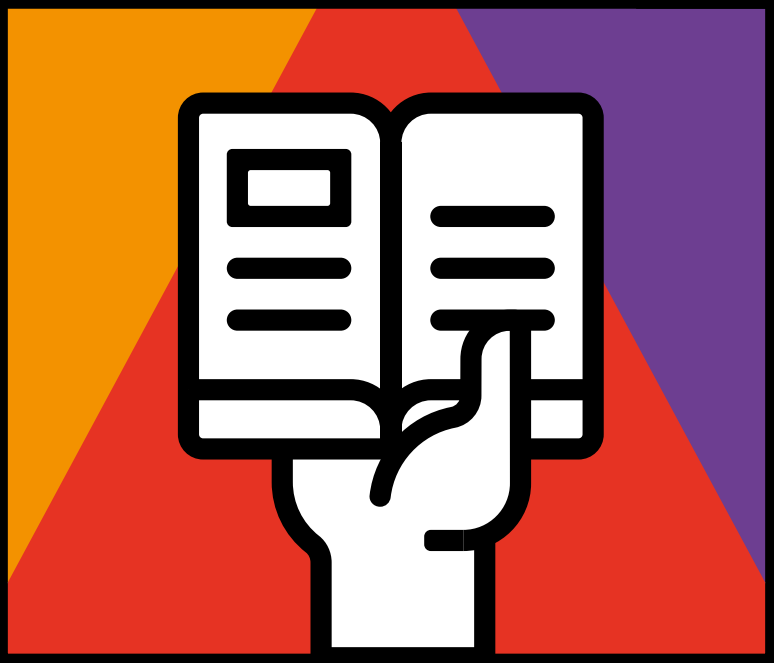


PRIMER CONCURSO NACIONAL  
DE CUENTOS DE LA INDDHH

# CONTANDO DERECHOS

Categorías 3 y 4: jóvenes y adultos

2



Institución Nacional de  
Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo



PRIMER CONCURSO NACIONAL  
DE CUENTOS DE LA INDDHH

# **CONTANDO DERECHOS**

Categorías 3 y 4: jóvenes y adultos

**Consejo Directivo de la Institución Nacional  
de Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo:**

Mariana Blengio Valdés

Juan Faroppa

Mariana Motta

María Josefina Plá

Wilder Tayler

**Área Educación**

**Directora**

Dra. Mariana Blengio Valdés

**Equipo técnico**

Proc. Leticia Alcarraz

Dra. Gabriela Brunetto

Trab. Soc. Mag. Claudia Kuzma

Psic. Mag. María Celia Robaina

**Diseño**

Manosanta desarrollo editorial

**ISBN**

978-9915-9316-7-8 (versión impresa)

978-9915-9316-8-5 (versión digital)

**Imprenta**

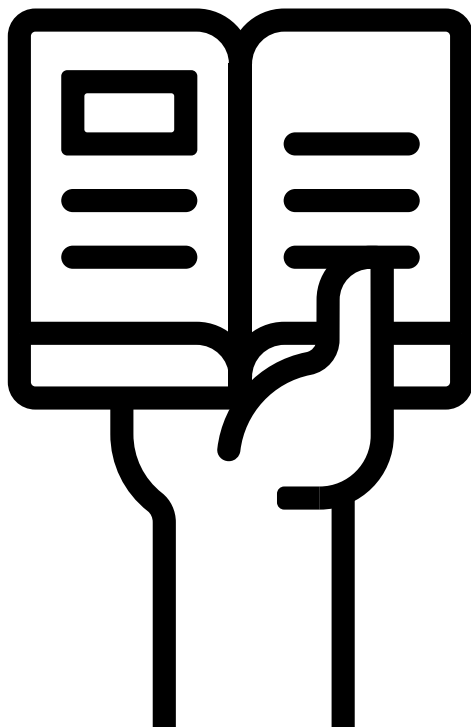
Mastergraf / Depósito legal:

Los textos de la obra son de entera responsabilidad de las y los autores  
y no representan la opinión de la INDDHH.

PRIMER CONCURSO NACIONAL  
DE CUENTOS DE LA INDDHH

## **CONTANDO DERECHOS**

Categorías 3 y 4: jóvenes y adultos





# Presentación

La presente obra se enmarca en la convocatoria al Concurso Nacional **CONTANDO DERECHOS** promovida por la Institución Nacional de Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo en el año 2020. Su contenido es resultado de un proceso de difusión y promoción de derechos que venimos llevando adelante como eje transversal del Área de Educación del organismo. Este camino transitado en el presente año recibió un destacado conjunto de variados aportes, de los cuales resultaron ganadores los que aquí se presentan.

Como podrá apreciarse, las temáticas abordadas en estos relatos albergan en su denominador común una perspectiva diferente de los derechos, los deberes y las libertades de los seres humanos. Nutridos de magia y dedicación, estos aportes se han transformado en una invitación a la reflexión crítica de las realidades que nos interpelan en nuestra vida cotidiana, tanto en lo personal como en nuestro vínculo con los demás.

En el marco de los cometidos de la ley que creó la INDDHH en el año 2008, la promoción de los derechos humanos comprende en toda su dimensión la información y difusión de la forma más amplia posible de los derechos, deberes y libertades. Por tal motivo, a partir de estos años hemos venido proyectando estas iniciativas, haciendo tangible la preocupación del legislador basada en la necesidad de que instituciones como esta, creadas en el ámbito de la protección

no jurisdiccional de los derechos humanos, promuevan espacios para escuchar lo que piensan y sienten las personas, sin exclusiones. Para, con ello, revalorizar sus palabras y modos de ver el mundo, de forma que podamos materializar la búsqueda de estrategias de incidencia que puedan transformar la sociedad y hacerla más justa.

En este caso particular, se ha dado voz a jóvenes y adultos, en forma paralela a otra propuesta que visibilizó los relatos de niñas, niños y adolescentes y que se publica en otro libro. Las libres expresiones que hoy se presentan albergan en su seno sueños, alegrías, tristezas y diversidades nutridas de colores y texturas. Los relatos han creado historias que nos proyectan sin edad y sin tiempo. Apuntan a descubrir el mundo de los derechos humanos a través del lenguaje y la metáfora, abordando con inteligencia y sutileza los grandes desafíos humanos.

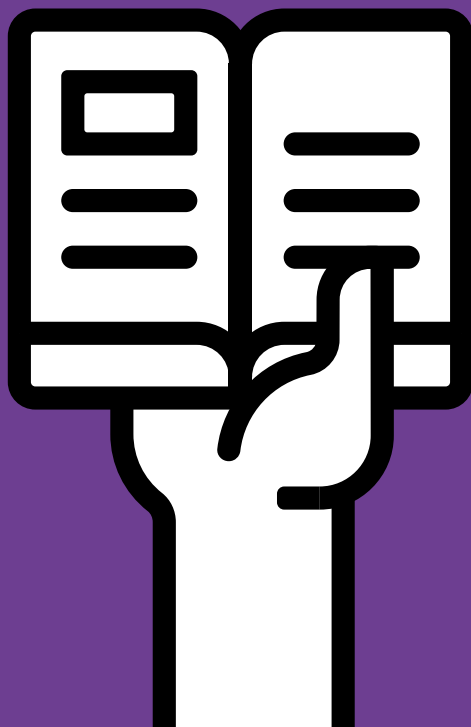
Con estas palabras queremos agradecer a los autores y, a partir de ellos, a todos los que a través de este espacio **CONTANDO DERECHOS** han contribuido a enseñar los derechos humanos a través del relato.

*Mariana Blengio Valdés*  
Directora INDDHH y Defensoría del Pueblo



# CONTANDO DERECHOS

Categoría 3: jóvenes





## De tigres y jaulas

Como todas las semanas, nos reunimos en un hospital de salud mental con la intención de leer, narrar e imaginar escenarios alternativos en cada historia o poema. Un espacio para aceptar y aceptarse en la diversidad de lo humano. Al comenzar el taller de hoy, Javier nos pide que por favor leamos sus cuentos, siempre caracterizados por tener un estilo negro y oscuro, donde sus personajes la mayoría de las veces terminan en situaciones sumamente trágicas (muertes terribles, mutilaciones, etc.).

En esta ocasión Javier relata el cuento de una niña (Margarita), quien es sumamente maltratada por su madre debido a su aspecto físico. La niña se siente angustiada, llora y ya no quiere comer pero al final su mamá logra darse cuenta de que debe cambiar su actitud hacia ella. A través de lo que podríamos llamar una especie de *insight*, logra reconciliarse con su pequeña y cortar con el maltrato que ejercía hacia su hija.

Luego de terminar de leer el cuento escrito por Javier, Nelly se queja; manifiesta que es totalmente injusto que traten a una persona de esa manera y que ese tipo de cosas no debería suceder porque nadie tiene derecho a maltratar a alguien. Javier le contesta: «Todos tenemos derecho a que nos respeten». Los demás participantes se quedan callados, por lo cual decido preguntarle a Manuel su opinión,

y de forma muy tímida me responde: «Todos tenemos derechos y debemos ser respetados, tiene que ver con los derechos humanos».

A partir de esta frase se abre un debate en el taller: ¿qué son los derechos humanos para nosotros? Algunos de ellos, especialmente Yolanda y Rick, hablan sobre el derecho a tener intimidad, a poder vivir su sexualidad de forma libre (sin ser juzgados al respecto). Por otra parte, Samuel habla de la importancia de las obligaciones como ciudadano, mientras que Juan manifiesta, de forma bastante aislada, querer irse a vivir con su hermana.

Las facilitadoras del taller les proponemos realizar un cuento que justamente trate sobre los derechos humanos. Y en lo que respecta específicamente a la escritura, nos interpelamos diariamente sobre su utilidad y los efectos que genera. También nos preguntamos: ¿qué es narrar, cómo y dónde se escriben/inscriben las historias?

Nuestra respuesta no es definitiva y probablemente en algún punto hasta sea errada; escribir/nos puede ser una forma de marcar un punto en la historia, de hacer presente a la presencia a través de los efectos de la palabra. Por esta razón y muchas más decidimos escribir; para no ser olvidados; para no permitir que nos tilden de locos/as ni de inexistentes.

Ante la propuesta de inventar un cuento sobre los derechos humanos, Nelly dice: «Me acuerdo del Mundial, lo miramos acá en la tele... Cuando los jugadores jugaban con los tigres, los más chiquitos estaban libres pero los grandes estaban en jaulas».

Mi compañera le sugiere al grupo utilizar alguno de esos tigres como personaje principal de nuestro cuento, lo cual todos apoyamos,

pero para poder hacer una historia nos faltaba algo esencial... un nombre para nuestro pequeño tigre. Manuel quiere llamarle a nuestro protagonista Toby, pero Juan no está de acuerdo y finalmente deciden llamarlo Rayitas.

Rayitas era un tigre pequeño, que vivía en libertad, pero sus padres estaban en cautiverio y todos los días, sin que lo vieran, se acercaba a la jaula de sus papás e intentaba acurrucarse lo más cerca posible a ellos solo para sentir sus cálidos pelajes.

Un día Rayitas, recorriendo la sabana, se encuentra a su mejor amigo Berto en una situación muy extraña; Berto estaba tirado en el piso, totalmente inmovilizado y rodeado por varios hombres. Con los ojos humedecidos y el corazón acelerado Rayitas decide huir, correr lo más lejos posible para no correr la misma suerte que su amigo.

Rayitas recorrió muchísimos caminos, él sabía que lo acontecido con Berto era lo esperable una vez cumplida la etapa de cachorros, en cualquier momento podía ser cazado y encerrado, al igual que lo hicieron con sus padres. Tal fue el miedo que eligió como destino el desierto; al llegar ahí se encuentra con la nada misma, no hay agua ni comida, solo le quedan los restos de una jirafa que pudo devorar en el paso por la selva. Su amigo Berto le había comentado que ahí era el único lugar donde no lo buscarían y podría ser libre por siempre.

Rayitas comienza a deambular por el desierto y de repente ve un oasis; es solo una ilusión. Desahuciado toma otro camino, elige no morir e intentar volver, corriendo el riesgo de ser capturado.

En este momento le pregunto a Lucas: «¿Y qué puede hacer ahora Rayitas?». «Volver para ser encerrado en la jaula», contesta Huguito.

Los demás integrantes no estamos de acuerdo con esa opción, entonces nos ingeniamos para buscarle otro destino a Rayitas... Tal vez pueda haber una solución a su situación y finalmente reunirse con su familia sin ser encerrado.

Rayitas recuerda a sus padres y anhela ese reencuentro. A veces, durante las noches, rugía solo para intentar ser escuchado por ellos. ¡Que injusto es estar lejos de quienes amamos y de los lugares a donde pertenecemos!, pensaba el triste pequeño tigre.

Finalmente Rayitas, estando débil pero más fuerte y más feroz que nunca, vuelve a las jaulas, al lugar de sus primeros pasos en armonía con la naturaleza. Cuando llega, se encuentra con muchísimas jaulas, algunas sumamente decoradas con comida de *catering* y grandes lujos, pero al fin de cuentas seguían siendo celdas, pensó Rayitas. Eran tantas que el pobre tigre ni siquiera era capaz de contarlas.

Rayitas contaba con buenos recuerdos de algunos cuidadores que rondaban las jaulas. Algunos trataban de forma muy cálida a sus padres y los alimentaban con mucho amor, mientras otros se comportaban como burócratas.

\*\*

Debemos confesar que en este momento de la historia nos quedamos un poco perplejos pensando en la forma de evitar que Rayitas sea encerrado, pero Manuel realiza una brillante intervención y dice: «Tal vez uno de los cuidadores pueda abrirle la jaula a Rayitas».

Rayitas siempre tuvo un oído prodigioso, la música era su gran especialidad, siempre identificaba a los otros tigres por sus rugidos. Perdido entre la intensidad del encierro, y ya un poco desanimado,

cree haber escuchado un sonido familiar, ya conocido. Entre los pastos y de forma camuflada comienza a acercarse hacia el origen de ese sonido.

Los ojos de nuestro tigre se llenan de lágrimas, no puede creer lo que está viendo; por fin vuelve la esperanza de recuperar y salvar a sus padres, a aquellas figuras que tanta falta le hicieron durante tanto tiempo. Solo había un problema... la jaula estaba cerrada con un gran candado y no podía tomarse demasiado tiempo, ya que no podía ser visto por los cuidadores. Nuestro héroe lo intentó con mucha fuerza durante varios minutos sin ningún resultado favorable.

Un cuidador (Julio), que rondaba el terreno, ve a Rayitas y se acerca. Nuestro protagonista, totalmente aterrado, intenta huir pero no lo logra. Julio, un famoso jugador de fútbol, de nacionalidad uruguaya, reconoce a Rayitas y recuerda cuando vino a visitar Sudáfrica por el Mundial. La imagen que estaba observando lo conmovió totalmente y no pudo hacer más que abrirles la jaula y dejar que se marcharan los tres a vivir juntos en libertad.

Rayitas no pudo más de tanta alegría y agradecimiento hacia Julio. Desde ahora en más, nuestro tigre ya crecido comenzó a creer que había esperanza en este mundo para todos aquellos encerrados y desplazados por algunos poderosos.

\*\*

Por nuestra parte, ninguno de los integrantes del taller podemos definir cuál es el futuro de Rayitas y su familia, pero sí podemos asegurar que, pase lo que pase, la libertad siempre es la única y mejor opción, mientras que el encierro y la censura solo generan sufrimiento.

Este cuento no se trata solo sobre nosotros, los integrantes del taller. En esta ocasión nos decidimos a escribirles a todos aquellos quienes hayan sido encerrados, apartados, desplazados o discriminados. Al fin de cuentas, Rayitas descubrió que no estaba solo en su arduo camino a la libertad y que muchos actores podían intervenir para cumplir sus derechos.

Mientras tanto, desde este espacio decidimos creer que existe un mañana mejor y un lugar donde nuestros derechos sean respetados; donde nuestras voces sean realmente escuchadas. Por esto y mucho más creemos que es necesario seguir escribiendo; como una forma de reivindicación y de liberación personal y colectiva.

Así como Rayitas pudo librarse de un destino plagado de aislamiento (entre muchos tantos otros males), apostamos a que nuestros tigres, ya sean cachorros o adultos, vivan sin jaulas ni candados dentro de esta gran manada que es la comunidad humana.

**María Eugenia Britos**

Seudónimo: Literando, Montevideo



## Cultivando sueños

En un poblado muy cercano a la capital del departamento de Rivera vivía una familia humilde y sencilla, integrada por tres hermanos. La mayor se llamaba Elena, Lucas el del medio, Cecilia la menor, y sus padres Juan y María.

Esta familia de pequeñas producciones luchaba cada día por su calidad de vida; los padres se levantaban antes de que el sol naciera para ir a trabajar en el campo y poder darles a sus hijos el alimento de cada día, su vestimenta y una educación digna.

Su hija Elena, la mayor, se encargaba de sus hermanos mientras sus padres trabajaban, les preparaba el desayuno cada mañana, los llevaba a la escuela y luego los ayudaba con sus tareas domiciliarias.

El transcurso desde la casa a la escuela era un trayecto muy lejano, llevándoles aproximadamente una hora de ida y una hora de regreso a caballo. Era un camino de tierra, oscuro y peligroso; pero eso no les impedía ir a clase. Días de sol, días de lluvia, los chicos inspirados por la influencia de sus padres, quienes les decían: «Un día que pierden de ir a la escuela es un día que dejan de aprender. El aprendizaje es continuo y en todo momento estamos aprendiendo de cada cosa que vivimos».

Concurrían todos los días a la escuela. Además de los consejos que recibían de sus padres, el deseo de salir adelante y brindarles una mejor calidad de vida era la mayor inspiración para Elena.

\*\*

Luego de culminar la educación primaria en su pueblo, Elena cursa exitosamente la educación secundaria en una ciudad cercana, adonde puede ir y volver a su casa todos los días; pero al egresar decide mudarse a la ciudad a estudiar Magisterio y lograr cumplir su sueño de ser maestra.

La familia, ansiosa y orgullosa por los logros de Elena, consigue que se hospede en la casa de una tía Alice, con la condición de que colabore con alimentos que su familia produce y ayude en los cuidados del hogar.

En su primer día de clases, Elena se encuentra perdida en el nuevo contexto, en un espacio que no es de ella, pero siempre recuerda el apoyo y esfuerzo que realizan sus padres y se planta firme con su pensamiento de que todo es posible y nada puede hacerla desistir sin luchar por cumplir su sueño.

Al paso de los meses la familia se ve abrumada con la situación de que la producción ha disminuido y los gastos han aumentado.

Elena decide buscar un empleo para poder colaborar con los gastos de su familia y sus gastos en el estudio. Felizmente, una familia cercana a su tía Alice, y que conoce su desempeño con sus hermanos, la contrata como niñera. Por las mañanas cumple horas de trabajo, por las tardes concurre a clases y en la tardecita y noche cumple con sus obligaciones en el hogar y se dedica a reafirmar sus asignaturas.

Agradecida por su nuevo empleo, Elena al cobrar su primer sueldo decide realizar un surtido de alimentos con todo aquello que a sus

padres y hermanos les gusta y se los envía como presente y con lo restante colabora con los gastos de su tía.

Con mucho esfuerzo y dedicación, Elena logra completar el primer semestre sin inconvenientes, pero al comienzo del segundo semestre Elena se encuentra con una situación muy frustrante, en la cual sus compañeros de clase actúan discriminatoriamente hacia otra colega, Sofía, que posee dislexia. Harta de observar las acciones de sus compañeros que se burlan de sus exposiciones de trabajo, Elena decide buscar herramientas para poder ayudar a Sofía con su estudio y enfrentar a sus compañeros poniendo fin a esta agresión.

Al observar estas situaciones, Elena decide organizar un seminario de inclusión en donde recluta referentes en el área para tratar temas sobre las condiciones propias de la diversidad biológica y tiempos de aprendizaje que pueden poseer las personas. Poco a poco Sofía comienza a sentirse más cómoda al realizar exitosamente sus exposiciones. Sus compañeros la respetan y colaboran en su proceso, ya que esta también tiene el derecho de tener una experiencia educativa digna.

Años después, Elena logra graduarse con honores y comienza a dar inicio a su gran sueño de ser maestra en su pueblo. Inicia dictando clases en su propia casa a niños de la zona que no tienen condiciones de trasladarse hasta la escuela y durante las noches decide ayudar a los adultos mayores que no pudieron acceder a la educación, logrando la alfabetización de esas personas para mejorar su calidad de vida y satisfacción.

Luego de unos cuantos meses, la polémica del éxito de esta nueva maestra emprendedora, que ha logrado enseñar de manera diferenciada a niños y adultos, llega a oído de las autoridades de Primaria quienes, al visitarla, sorprendidos con sus logros, deciden brindarle su apoyo para la construcción y formalización de una escuela en su pueblo.

Contenta con la construcción de su sueño, Elena decide nombrarla Escuela «Juan y María», en homenaje a sus padres por nunca haberle permitido desistir de estudiar, incluso bajo tanto sacrificio, y brindarle el apoyo que necesitaba cada día para levantarse temprano para trabajar, concurrir a clase y cumplir con sus deberes contribuyendo así a cumplir su sueño.

Este sueño cumplido, esta historia, esta escuela, generó un impacto social en su pueblo, impulsando a sus nuevos estudiantes a que, sin importar sus diferencias, todos fueran capaces y merecedores de una educación, de que nunca es tarde para comenzar a emprender, de que de todo se aprende y de que por medio de la educación los sueños son posibles.

**Verónica Cabrera**

Seudónimo: Vero Cabrera, Rivera

## Abayubá

(Un abuelo contaba la siguiente historia a sus nietos...)

«El mar estaba calmo, las gaviotas jugaban en la orilla.»

Una voz rompió el silencio. «Allí viene. Se acerca, lentamente. Es otro gran pájaro, que está llegando a la cuna del sol. ¿A quién traerá esta vez?», se preguntaba Abayubá, un joven de tez cobriza vestido con un taparrabo de cuero y hermosas plumas en la cabeza.

Abayubá y su familia estaban asustados, nerviosos, inseguros. ¿De dónde venían? ¿Qué querían?

«El pájaro quedó alejado de la orilla. Sus gigantescas alas blancas se movían con el viento. Se acercaron, en algo semejante a nuestras canoas. Las personas que bajaron eran diferentes a nuestra Tribu. Se vestían con brillantes colores, que cubrían el cuerpo por completo. No usaban plumas. Sus caras eran blancas, se parecían a Guidaí. Pero también venían otras personas, de color negro brillante, a los que los blancos les gritaban y les pegaban con una tira de cuero fino con muchas puntas. El jefe de su tribu tenía un palo brillante y largo en la mano, al que llamaban espada».

\*\*

Abayubá y sus amigos estaban detrás de la arena más alta. Observaban y cantaban con el benteveo. Y la vió. Hermosa como el amanecer. Estaba allí. Muy pálida, vestida como la diosa del mar. Con

un cabello largo, trenzado, color del sol. Abayubá sentía golpes en su pecho. ¿Qué le pasaba? Se asustó.

—¿De qué tribu son? —le preguntó Abayubá a su padre.

El gran cacique le contestó:

—De una muy poderosa, tienen fuego en sus flechas, las que despiden piedras pequeñas, y si una de ellas te golpea el pecho, sentirás calor y te dormirás para siempre.

Oscurecía... Abayubá y los suyos seguían en la colina de arena.

El cacique le contaba a su hijo que sus carpas son de madera y piedra, y que duermen todos en una muy grande, a la que llaman ciudadela. Se entoldan detrás del río.

Al amanecer, Abayubá se fue despacio hacia el río, vio la enorme carpa de madera y piedra y esperó escondido entre las ramas. «¿Qué me sucede, por qué vine hasta aquí?». Pasaba el tiempo, los pumas corrían, los pájaros no cantaban y el joven indígena seguía allí. De repente, se levantó una parte de la carpa, salió gente de la tribu recién llegada: un jefe, una mujer mayor y ELLA. Todos eran blancos.

Nuevamente esos golpes extraños en el pecho. «El dios de los tambores se instaló en mi cuerpo», pensaba Abayubá. Una fuerza superior lo hacía ir todas las tardes a espiar la gran carpa.

\*\*

Uno de esos días, cuando iba para allí, sintió gritos y sonidos que no comprendía. Era un lenguaje raro, muy diferente al de él. Un sonido como de guerra; repetían: «AUXILIO».

Caído en el pastizal, un animal de cuatro patas, atado a algo parecido a una gran canoa. Alrededor, muy quietos en el suelo, había gente de otra tribu que no era la de Abayubá. En el agua del río alguien movía los brazos. Se ahogaba. Abayubá saltó y tomo en sus brazos a la mujer blanca. Cuando la miró, era ELLA. La dejó suavemente en la orilla, y vió que lo querían matar.

—Apúntenle a él, es una bestia, tengan cuidado.

—No soy enemigo, ser Inchalá—repetía nervioso Abayubá—. No entiendo lo que me dicen.

Le gritaban:

—Es peligroso, es de la tribu de los indios que están detrás de la colina.

Ella se levantó, lo miró a los ojos y sin importarle lo que diría su familia se sacó del cuello un hermoso medallón y lo puso en la mano de Abayubá, con delicada dulzura. Le hizo señas para decirle gracias, él la entendió. Ella, giró y les dijo a los otros con tono imperativo:

—ÉL ME SALVÓ.

\*\*

Abayubá se dió cuenta de que estaba enamorado. Que nunca había sentido eso. Se encontraron varias veces. Su amor no necesitaba palabras. Se entendieron. María Emilia aprendió el lenguaje de Abayubá. Les gustaba ver el rostro de ambos reflejado en el río.

—Guidaí, Guidaí. La Luna nos está mirando. ¿Sientes como nos ata con los suaves y brillantes hilos de su cabellera?—le murmuraba Abayubá a María Emilia. Su amor era imposible. Él no entendía por qué.

Ella le explicó que no estaba autorizado a los blancos de Europa casarse con indígenas.

—Nadie puede darle órdenes a mi espíritu —decía Abayubá.

\*\*

Todos sabían que el indio y María Emilia eran amigos. Un día Abayubá le dijo al padre de María Emilia que quería casarse con su hija. Este le respondió:

—Noooooooo..., ES IMPOSIBLE.

Las leyes lo prohíben, somos diferentes. Tú no tienes DERECHO a comprarte una suerte de estancia, no puedes entrar a nuestras tiendas, no puedes sentarte en la plaza, no puedes ser amigo de mi hija. Ustedes son una raza inferior, sin derechos. Te dejé hablar con María Emilia porque la salvaste.

Sos como un sirviente. Desde ahora no pueden verse más, no te acerques a nuestra ciudadela.

Abayubá no comprendía ni lo que le decía, ni los gestos tan extraños que hacía el padre de María Emilia. Él le iba a dar la mejor carpa, iba a pescar al río para su familia, le iba a traer los más lindos cueros para sus vestimentas y le entregaría las más hermosas plumas para ser la mejor y más linda de la tribu de Caracé.

¿Que tenía él de diferente a los hombres de la carpa grande? En su cabeza quedó una sola palabra: LEY. ¿Qué es una ley?

«Yo solo siento que cuando estamos juntos el río canta, el mar nos adormece con su música, y la luna nos mira y se refleja feliz por nuestro amor en el río».



Su padre le dijo:

—Somos diferentes, ellos tienen sus reglas y nosotros las nuestras. Tú ya tienes destinada mujer en la tribu.

—¡Aléjate de ella! —dijo enojado Caracé—. Vivimos en paz, tenemos que cuidar lo poco que queda de nuestra raza, ya no tenemos más poder en estas tierras.

Pero su amor era superior a las tormentas, al grito del águila, a una lanza en llamas. Cuando ellos se encontraban, se entendían.

Abayubá le enseñaba a María Emilia a comunicarse con él por medio del lenguaje de los pájaros.

Pasó un tiempo, y al amanecer de un día de primavera se escuchó el canto del ruiseñor. Era Abayubá que estaba al costado de la puerta de la gran carpa. Al minuto otro ruiseñor cantaba dulcemente, era María Emilia que salía sin ser vista de la ciudadela. Se miran y se dan la mano. Se dirigen al río. Allí Abayubá de rodillas promete cuidarla y darle su eterno amor y ella acepta.

La naturaleza único testigo de ese compromiso de amor eterno, los declaró marido y mujer. Se besan. La luna llora antes de irse, el sol aplaude y los envuelve con un manto rojizo, los pájaros cantan. El águila atraviesa el paisaje, cortando con sus alas el viento.

De repente, se sienten cadenas, gritos, ruidos. Abayubá levanta una piedra caliente del suelo. La observa, no sabe qué es. María le dice:

—Son balas, vienen a matarte.

—¿Por qué? ¿Qué hicimos de malo? ¿Sentir ambos un gran amor?

Abayubá le arrancó parte del vestido de María Emilia y él se sacó las plumas y la capa de cuero, y las tiro al profundo río.

—Nos vamos a esconder.

Subieron por los riscos y bajaron a una cueva. Se sentía el ruido del agua.

María Emilia temblaba, tenía miedo. Sentía las voces de su familia y de los vecinos cada vez más cerca. Abayubá la tomó de la mano, saltaron un pequeño desfiladero y, ante sus ojos, un paraíso. Cigüeñas, garzas, pumas, y plateados peces, todos detrás de una pared de agua, se acercaron y ante sus ojos, estaban los que los perseguían armados, buscándolos entre la maleza.

—¿Nos ven?

—No—dijo Abayubá—, estamos detrás de la catarata. Ellos jamás podrían llegar a este lugar.

De repente, sintieron un llanto muy fuerte. Gritaban:

—¡Cayeron a la catarata!

—Los arrastró la corriente.

—Aquí está su ropa—sostenían en un palo prendas de ropa, un vestido de mujer una capa de cuero, y plumas...

\*\*

Pasó más de un año.

Una noche se siente llorar a un bebé y a una mujer quejarse de dolor.

—¡Es niño! Se llamará Caracé, como su abuelo—dijo Abayubá. Y besó con ternura a la mujer que recién había dado a luz. Abayubá, María Emilia y su hijito fueron muy felices.

\*\*

—Abuelo, ¿por qué conoces tan bien esta historia?

—Porque soy el nieto de Abayubá...

Ustedes tienen que mantener en alto el honor de ser descendientes de indígenas, tienen que difundir su cultura y las leyes que promueven la igualdad de las personas sin importar su raza.

\*\*

El abuelo sacó de su bolsillo un hermoso y antiguo medallón y nos dijo:

—Mi abuelo me lo dió el día en que falleció María Emilia, mi abuela. Como siento que partiré hacia donde están ellos, hoy se los entrego a ustedes. Cuídenlo como ejemplo de la fuerza del amor. Todos somos INCHALÁ.

\*\*

Querido lector, cierra los ojos y sostén el medallón que dejo en tu mano. ¿Qué sientes...? ¿Golpes en tu pecho, el canto del benteveo, el ruido del agua que golpea en las rocas, un gran sentimiento? Estás sosteniendo el símbolo de la igualdad de razas, del derecho de los pueblos a preservar sus culturas y por sobre todas las cosas del derecho al amor y a la felicidad de cada habitante de la tierra.

Transporta y guarda el medallón en tu corazón, y sentirás la voz de Abayubá y de María Emilia, que te susurrarán al oído: «Basquade INCHALÁ». No pierdas nunca el medallón que hoy guardaste en tu corazón, será tu pasaje para un mundo en el que todos seremos iguales.

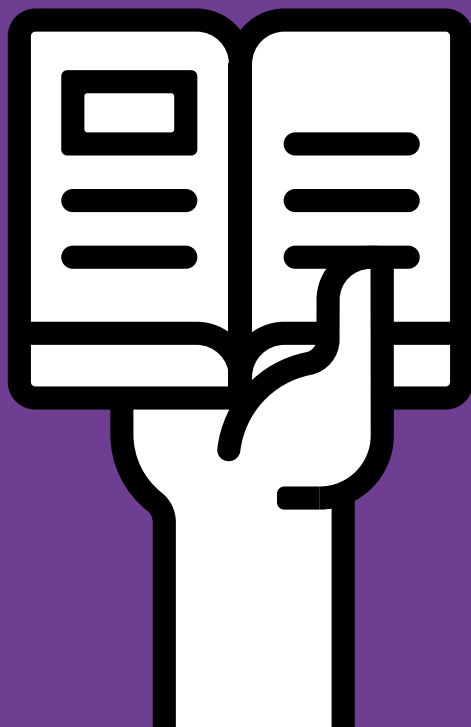
**Ana Karen Migliorini Flores**

Seudónimo: Inchalá, Barros Blancos, Canelones



# CONTANDO DERECHOS

Categoría 4: adultos





## Retrospección

Aún hoy Julia recuerda aquellas intempestivas e interminables discusiones, a veces demasiado fogosas, que estallaban por un sí o por un no mientras comían sentados alrededor de la mesa en un apretado casi semicírculo, pues no había lugar como para levantar la segunda ala que yacía pegada a la pared. Eran cuatro y tan solo dos sillas de madera y cardo; se descontaba que los menores bien podían aposentar sus glúteos, aún magros y firmes, en sendos y austeros banquitos de madera. De todas formas, tampoco había espacio suficiente para colocar cuatro sillas, suponiendo que se las pudiera adquirir.

¿Cómo era capaz la madre, luego de horas y horas de cumplir en la casa con las llamadas labores propias del sexo, de tener aún tanta energía? Ciertamente que entrenamiento no le faltaba: ya desde los once años se había visto constreñida a asumirlas en su totalidad y finalmente las había aceptado como inherentes a su condición de mujer. Quizá se tratara más bien de rabia, la que se acumula con la disconformidad frente a la injusticia de una situación en la que no se ve escape posible y, sin entender el cómo ni el porqué, se busca la excelencia en los resultados del trabajo realizado: la cama perfectamente estirada, el piso reluciente, ni una brizna de polvo en ninguna superficie, el arte culinario del monedero poco provisto compensado por una imaginación profusa.

Pero, volviendo a aquel recuerdo tan presente, había una razón que se suponía explicaba en esos momentos el mal humor materno: el comportamiento de los hijos, una niña y un varón, que deberían ser capaces de tomar de a poco el relevo en ese engranaje familiar y que, en cambio, una vez terminados los deberes de la escuela, pensaban más bien en jugar que en ayudar en las tareas domésticas o hacer los mandados. Pero para jugar no bastaba con tener ganas: había que pedir permiso, no hacer mucho ruido y por sobre todo no desordenar ni ensuciar. Por más empeño que tuvieran, la ansiada diversión se convertía en una tarea complicada y se perdía la gracia del juego y el encanto de la improvisación.

Las cotidianas discusiones de familia se seguían unas a las otras, en general, a causa del llamado mal comportamiento de la prole, que no había sabido ser lo suficientemente sumisa y obediente o había tenido una disputa entre pares, lo cual perturbaba la sagrada paz del hogar. En realidad, no eran realmente discusiones, sino una profusión de quejas por parte de la madre ofuscada, con la finalidad de que el jefe de familia estuviera al tanto del día a día y no pudiera escabullirse de sus responsabilidades como tal, lo que en ocasiones conllevaba alguna intervención más física de su parte.

Era una familia como tantas otras que trataba de sobrevivir en su cotidiano con más dignidad que recursos y que tenía muy claro el principio de que los trapos sucios se lavan en casa, o sea que no se habla de nada personal de la puerta para afuera, sin que por ello se pudiera llegar a hablar de los problemas de cada uno en casa.



Las grandes ocasiones, como el cumpleaños de algún familiar, eran espacios de magnífico goce para Julia, porque había otras niñas y también niños con los que se podía jugar y corretear. Sobre todo eso, correr jugando a la mancha, porque en la propia casa no se podía y tampoco le estaba permitido jugar en la vereda, que era cosa de varones; sin contar que una niña no debía correr, tal como se lo decían a menudo. No importaba que luego, al regreso, la reprendieran por haberlo hecho, por tener el pelo algo revuelto y no haber cuidado el precioso vestido, que tanto sacrificio había significado y del que ella no quería desprenderse porque era todo lo que le quedaba de aquellos instantes ya añorados.

Por ser la menor tuvo la oportunidad de conocer desde muy pequeña la escuela a la que concurriría unos años más tarde, pues junto a su madre acompañaba a su hermano cada mañana. Aquel edificio la fascinaba tanto como el contingente de túnicas blancas, coronadas con hermosas moñas azules, que desfilaba bajo el umbral de la entrada y al que anhelaba ansiosamente integrarse. Cuando finalmente llegó ese día, se sintió la más feliz de las niñas. Que el sol brillara o hiciera mal tiempo, las diez cuadras que la separaban de la escuela las recorría sin fatiga, ansiosa por llegar y tironeando a la madre por la mano para que acelerara el paso.

Unos años después, la madre consideró que el varón había alcanzado una edad suficiente como para responsabilizarse por la pequeña durante los trayectos de ida y vuelta, por lo que cada mañana partían los dos solos camino de la escuela. Al llegar a destino se separaban en

el hall de entrada, ya que las clases de los pequeños se desarrollaban en planta baja mientras que el hermano debía subir al primer piso. Solo volvían a encontrarse al final de los cursos, pasado el mediodía, en el mismo lugar.

Una vez que sonaba el timbre de salida, Julia guardaba sus útiles en su pequeño portafolio y se dirigía hacia el *hall* principal. Avanzaba estirando su cuello lo más que podía, intentando ver la figura de su hermano entre tantos niños pequeños y grandes, ansiosa por contar las novedades de ese día, verlo acercarse y responder a su sonrisa. Algunas veces había como más alboroto y era difícil abrirse paso, pero finalmente lo encontraba afuera, contra el muro a un lado de la puerta, con la cabeza inclinada y la mirada triste, muy triste. En vano le hacía preguntas que quedaban sin respuesta y así emprendían el camino de regreso a casa.

Pero un día en que ella salió de clase un poco antes, no recuerda por qué razón, pudo ver que varios niños grandes estaban rodeando y gritándole a su hermano, al mismo tiempo que lo llevaban a empellones hacia afuera de la escuela y que en cuanto pasaron el umbral comenzaron a lanzarle golpes. Impulsiva como era, tanto como impresionada e indignada por lo que presenciaba, se acercó lo más rápido que pudo increpando a los agresores. Por suerte para su hermano y para ella misma, hubo algún adulto que trató de imponer el orden y aquellos se alejaron profiriendo amenazas.

No comprendía la razón de todo eso y menos aún de que su hermano no le explicara nada al respecto, solo sabía que él sufría, que le dolían cuerpo y alma y que lloraba. Se abrazó a él y se fueron alejando

lentamente, con la promesa solemne de que no se comentaría nada sobre lo ocurrido al llegar a la casa. Se sentía aturdida, mientras que en su cabeza giraban desordenadamente algunas palabras que había llegado a captar entre los insultos y las amenazas, palabras como *mariquita*, *maula*, *mujercita*, y varias otras que no entendió.

Julia solo tenía siete años y esa vivencia la acompañaría hasta el final de sus días, pero mucho antes de ello pudo comenzar a comprender algunos sucesos del pasado, a conocer otros nuevos y a atar cabos. Supo, entre muchas otras cosas, que al carnicero del barrio le gustaban los niños pequeños; que una maestra se había permitido llamar la atención a la madre diciéndole que debía tomar medidas respecto del hijo porque era algo afeminado y ella no podía evitar que otros alumnos lo agredieran; que entre los camaradas del club de fútbol al que concurría su padre había algunos que más valía evitar...

Ya adolescentes, en algunas calurosas tardes de verano, Julia y su hermano tenían la posibilidad de ir a la playa y disfrutar de unas pocas horas de paz, como lagartos al sol, sin inquietarse de los futuros cánceres de piel que aún no eran mentados. Se bañaban por turnos, para cuidar las monedas para el ómnibus y la ropa, pues se decía que había quienes robaban esas cosas, aunque nunca tuvieron oportunidad de ver a nadie haciéndolo o denunciándolo.

Fue en una de esas tardes, ya hacia el final del verano, que Julia se extrañó de que su hermano fuera al agua más veces que lo habitual y le pareció que hablaba con alguien, lo cual él negó. Observadora como era, reconoció días después a esa misma persona en la siguiente salida a la playa. Y no fueron las únicas ocasiones; pero, como también

sabía cuándo no había que insistir, varios años pasaron antes de que tuviera respuesta a las preguntas que no había hecho. Entonces comprendió que aquella tarde su hermano, que acababa de entrar en su mayoría de edad, había dado un paso adelante en la aceptación de sí mismo y de su sentir profundo, iniciando una amistad amorosa que duraría muchos años.

En cuanto a la madre, parapetada en los prejuicios heredados y nutridos durante toda una vida, tan preocupada del qué dirán como obcecada en la negación hasta su último suspiro, se irguió en guardiana de «sobre esto no se habla» ni en casa...

**Norma Visconti**

Seudónimo: Peregrina, Montevideo

## Vida

Miraba a la cucaracha saliendo de su escondite. Era larga, oscura y cautelosa. Movía sus antenas midiendo el riesgo de su travesía.

Karina permanecía inmóvil para disfrutar a la visitante investigadora que buscaba restos de su comida.

Comida que se caía de su pobre ración.

La habitación era fría y húmeda. Inhóspita para Karina y maravillosa para la visitante. Una banderola colocada muy alta permanecía siempre cerrada y dejaba pasar la luz a cuentagotas a través del vidrio sucio de años sin limpiar.

Ya hacía más de tres meses que mantenían esta relación en silencio.

\*\*

La compañía de la visitante era lo único que Karina esperaba todos los días. La recibía en la tardecita, cuando ya casi no había luz.

Hacía fuerza para verla en su recorrido. La visitante, con su memoria genética de más de 300 millones de años se movía hacia su objetivo con gran destreza.

La puerta blindada se abría tres veces por día. Menguada ración y leche quemada era lo que ofrecía. No mediaban palabras casi, solo un «tomá, comé que estás muy flaca».

En sus doce años reales y sus mil vividos, Karina sabía que no tenía mucho más que esperar. Ella no iba a hablar, no lo iba a nombrar.

Él era el único que la protegía. Hacía un año que estaba trabajando para él y con él.

\*\*

Él no dejaba que nadie la insultara y de vez en cuando le compraba ropa y a veces zapatos.

¡Qué lindos aquellos zuecos con plataforma! Eran iguales a los que usan las pituquitas. Te los ponías y te sentías otra. ¿No es cierto? Te transportaban a una vida sin sufrimiento.

Te soñabas en una casa calentita, sin hongos. Acostada en una cama con sábanas blancas y una frazada Campomar. Terminando sexto de escuela. ¡Sí!

Te gustaba la escuela. Y no te iba mal.

¡Uy! ¡Qué lindo!

\*\*

Volvé Karina ¡estás acá! Hace solo dos semanas que la directora del albergue te hizo subir a su escritorio. La directora del albergue del Consejo del Niño, ¡qué ironía! Estaba la gorda sentada detrás del escritorio con su saco de piel y la estufa con tres rulos encendidos. Tú, con tus piernitas flaquitas al aire, con una pollera nada abrigada y sin medias, solo porque el almanaque marcaba que no había entrado el invierno. Y entonces las medias no eran necesarias.

¿Recordás lo que te dijo? Que tenías que decir el nombre, que de eso dependía que pasaras a una pieza compartida, que de lo contrario seguirías en la celda de castigo con la luz que se encendía muy poco para doblar cada vez más tu espíritu.

Tus ojos la miraban ya casi sin rencor, te lo habían domesticado.

\*\*

Solo abriste grandes los ojos cuando te dijo que vendría tu madre a verte.

\*\*

¡No, mi madre no! Gritaste.

\*\*

Empezaste a sentir en el cuerpo, en la piel, la sensación de miedo. Se forma la imagen de cómo la esperabas. Y cuando tu madre llegaba, la abrazabas y ella a ti. Era tierna y amorosa. Y de repente sin saber por qué, ni cuánto tiempo, de pronto aparecía la otra, una que le salía de adentro, que transfiguraba su cara, su cuerpo, su forma de moverse y esa, esa, te pegaba, te humillaba, te lastimaba hasta que la vecina entraba a la pieza y paraba tu sufrimiento. No había padre, no había abuelas, no había nadie. Solo la vecina que lograba poner fin a aquello.

\*\*

Te despertaste y la viste. La visitante recorriendo la pieza. ¿Por qué había aparecido tan temprano?

¿Tendrá hambre? Iba más apurada y sin tanto cuidado.

\*\*

Recorría la habitación buscando con desespero algo. No sabías qué, porque no se detenía en ningún lado, caminaba con apuro, la visitante.

Empezaste a ponerte nerviosa. ¿Qué le pasaba?

Te acordaste de la gorda directora y de tu madre. Ese era el peor castigo. Ni la celda oscura, ni la poca comida, ni el frío que sentís, nada se compara a aquella sensación.

\*\*

La cucaracha camina por los bordes de la celda-habitación, va pegadita a la pared como cuidándose de no sé qué. Permaneces erguida en la cama pero estática. Desde esa posición ves gran parte de tu habitación-celda. Solo queda fuera de tu mirada un costado de la cama. Y enseguida aparece en esa loca carrera de búsqueda de no sé qué.

\*\*

Ahora oís a una de las celadoras. Ellas desde hace un año están en este albergue, antes había otras pero después del golpe te dijeron que cambiaron a casi todo el personal. Te lo dijo una muchacha en la enfermería con la que pudiste intercambiar algunas palabras. Era una jovencita unos años mayor que tú, sin familia, que fue a parar aquí después de la muerte de sus padres.

Pobre, ¡cómo lloraba! Los padres españoles enfermaron y murieron y eran buenos con ella y quedó sola sin nadie que pudiera hacerse cargo.

Ella fue la que te contó cómo había cambiado todo después del golpe de Estado.

\*\*

Pero a vos el golpe de Estado te había beneficiado, tenías una clientela de milicos que les gustan las nenas. Pero cuando te agarraron no apareció ni uno de esos a defenderte. Y tampoco él. Pero a ti no te importa porque sabés que cuando salgas él va a volver a cuidarte. Ahora no puede porque se arriesga. Eso es lo que siempre te decía, «¡mirá que si caes no voy a poder sacarte!», y agregaba «¡cuidate mucho!». Él siempre quería que te cuidaras, eso es lo que tú sentís ¿no? Te sentís protegida aunque no esté ni haya aparecido el día que



irrumpieron en tu habitación y la de él. Y justo ese día, él no estaba. Siempre estaba a esa hora, pero ese día no. Pero eso no te importa, porque tú crees que él justo debe haber tenido algo que hacer. No era lo habitual, pero le debe haber surgido un imprevisto. ¿No?

¡Sí! Eso es lo que te sostiene. Pensar así, no puede ser de otra forma. ¡No!

Ahora la cucaracha se detuvo, quedó quieta como que la hubieran congelado de repente. Apenas mueve las antenas.

\*\*

Sentís pasos que se acercan a tu celda-habitación, ruido a lata y la puerta se entreabre y aparece una fea bandeja con un tazón de leche quemada con café y una rodaja de pan que hacen los del Álvarez Cortés.<sup>1</sup> Te la dejan en el suelo y sin mediar palabra se retiran. No hay para ti un buen día, ni nada. Nada de nada. Estás sola con tus doce años de vida.

Te quedás quieta. Y cuando todo vuelve a la tranquilidad ves a tu amiga en rauda carrera hacia la bandeja y la dejás. Sí es lo único que tenés, cómo no compartirlo con ella. Es la vida que te acompaña.

Otro día empieza y termina de la misma forma, sin nada para hacer, solo pensar y ver a tu amiga en su desesperada carrera hasta que te vence el sueño.

\*\*

Te despierta el ruido de la puerta. La celadora anuncia que tenés que bañarte, que hoy va a venir tu madre a verte. Que no te puede sacar porque el juez no deja, pero sí tiene autorizadas las visitas.

---

1 Albergue de Varones del Consejo del Niño.

Y vos Karina no la querés ver, no la querés ver porque no sabés qué sentir. Es terrible no saber si odiarla por lo que te hacía o quererla por lo que también te hacía. Mimos y golpes en una secuencia que siempre variaba. Después lloraba, te pedía perdón y se pegaba contra la pared. Pero al otro día todo recomenzaba. Y vos te sentís mala, mala por odiarla, mala por querer que desapareciera cuando te pegaba con esa cara de bruja que no reconocías pero que era la de ella. Era la que siempre aparecía cuando te pegaba. Y un día después de cumplir los once años saliste por la puerta de la pensión de la calle Piedras y corriste, corriste sin mirar para atrás. Ya no aguantabas más. Y no pudiste contar nada a tus amigas de la escuela. Te daba vergüenza, siempre inventabas que los moretones eran porque te habías caído y todos lo creían o hacían que te creían.

Tal vez ellas te hubieran podido ayudar pero no pudiste decir nada.

\*\*

Y corriste y corriste esa noche cerrada en donde sólo alumbraba algún farol mortecino.

\*\*

Y para tu alegría lo encontraste a él, un hombre de 30 años. Que te refugió y te cuidó. Él no te pegaba. Era cariñoso. Cuando venía borracho se acostaba sin hablarte y en ese silencio estaba tu paz.

Trabajar era lo menos que podías hacer para ayudarlo. Nunca te lo pidió. Solo lo insinuó y tú enseguida entendiste que era lo mejor.

Además, ¿tenías otras opciones? En las tiendas de la calle Colón pagaban muy poco y como sirvienta además te trataban mal y corrías el riesgo de que te denunciaran. Eras menor.

Con los amigos de él, no ibas a ir presa. Y te daban buena plata. Y así sobreviviste casi un año.

\*\*

No sabés por qué llegaron aquella noche.

\*\*

El que comandaba el allanamiento era uno de tus clientes, el comisario de la Primera. Hacía que no te conocía y con él, además de los milicos, venía un hombre que tú no conocías, no estaba uniformado. El comisario le hablaba con respeto y a ti como si fueras mugre que había que barrer. Frente a ese hombre quería disimular. Disimular lo bien que lo conocías.

\*\*

¿Y él? no estaba. Siempre estaba a esa hora en la pieza, pero, ese día, él no estaba.

\*\*

Y así te fuiste, calladita, y calladita seguiste frente al juez y te mandaron al albergue del Consejo del Niño donde van las menores infractoras y las menores sin padres todas juntas y entreveradas en esa casa fría, con la celda-habitación.

Ahora estás esperando que vengan a buscarte para ir a ver a tu madre, y sentís que no querés ir y que el deseo de no ir es muy fuerte. Y tu amiga, la vida que te acompaña, se sube a tu cama y se apoya en tu mano, nunca lo había hecho antes. Y deseás y soñás que ¡por favor, alguien te cuide a tus 12 años!

**Juana Canosa Bonjour**

Seudónimo: Belda, Montevideo



## El Vasco 63

A las siete en punto sonó el despertador y, como todos los días, Juliana se sentó en la cama y amontonó lentamente en un puñado el largo y sedoso cabello negro que le llegaba hasta la cintura. Era un gesto de bienvenida al día, algo habitual que la ayudaba a arrancar con la sensación de que ordenaba su cabeza y, de paso, aprovechaba a des-perezarse. Sabía que después de ese gesto se desataba el vértigo, que a veces le daba la tregua de una ducha tranquila y un buen desayuno y a veces no, porque las demandas no sabían de horarios y aparecían intempestivamente sin que pudiera evitarlo. Para cualquiera de los dos escenarios que podían suscitarse, tenía que estar preparada.

Es una mañana de las de agenda tranquila. La ducha caliente reactiva su cuerpo y el desayuno se torna un instante plagado de sensaciones inolvidables: la calidez del sol primaveral entrando por la ventana, el aroma del café invadiéndolo todo y su propia voz interior insistiendo en que no abriera la tableta, que no mirara las redes sociales. ¡Qué difícil controlar la ansiedad de saber en qué anda el mundo desde tan temprano! Pero el esfuerzo dura pocos minutos porque, a instantes de empezar a saborear la espumita deliciosa de ese néctar matinal, el teléfono avisa que ya ha caído un mensaje. Aunque reina en su pensamiento la esperanza de que sea su amiga Amalia diciéndole que pasará a buscarla por su casa, lamentablemente no es así. Es un aviso de que el Twitter ha tenido demasiadas respuestas

durante la noche, que se han acumulado como otras tantas veces. De a poco se ha acostumbrado a tener que sostener las reacciones descarnadas de los otros u ¿otras? Porque, en realidad, de muchos no solo no sabe su identidad, tampoco su sexo ni su género; en realidad, de la mayoría de los que le responden en el Twitter no sabe nada, porque aparecen intencionalmente desidentificados, disfrazando su identidad verdadera con nombres insólitos y figuras de perfil muchas veces, grotescas. Es difícil sostener sus palabras insultantes e hirientes, siempre dirigidas a ella con especial énfasis. Aunque nunca tuvo por vocación la victimización, hay cierto cansancio en esa lucha que sabe que no puede abandonar. Ser mujer, joven, política, la hace blanco de todos esos seres que circulan por el mundo de la virtualidad y que naturalmente se pasean también por el mundo real, aunque sin el coraje para asumir la misma actitud.

El Profe 55 le dice «vejiga» como comentario sobre su foto que registra un encuentro con jóvenes que tuvo ayer, cuando inauguraron un merendero en Casabó, pero se suman Darío el del rioba indicando «El pueblo te tiene asco», a lo que responde Natalia R «Totalmente». Gabriela F es mucho más directa y simplemente le dice «tarada», en tanto Alice 962 le plantea «te falla la comprensión lectora y la empatía con la gente». Por supuesto que estos comentarios siempre aparecen intercalados con memes y figuras que la desfiguran, que toman su fotografía y la intervienen agregándole objetos o deformando sus rasgos físicos. «Después de las elecciones, vas a servir café al Ministerio». «¿Esta chica no ve las encuestas? Agradecé que tenemos paciencia y podés presentarte, turra».

Una y otra vez surgen figuras que pretenden callarla, desanimarla, desarmar su deseo de decir y hacer.

Algunas figuras son especialmente recurrentes con respecto a hacer alusiones infames sobre su persona. Ha probado estrategias variadas como por ejemplo bloquear a quienes son prepotentes y desubicados pero ha constatado que por cada uno que va bloqueando aparece otro y a veces dos o más que salen a atacarla, por lo que ha llegado a la conclusión de que no vale la pena. Algunos casos llaman mucho la atención por la insistencia, así que, en los momentos de saturación, ha decidido silenciarlos algún tiempo, con lo que si bien no les impide el acceso, al menos ella no padece esas presencias y descansa un poco.

De todos, el caso de El Vasco <sup>63</sup> es significativo porque suele ser el que insistentemente la insulta ante cualquier posteo, como si estuviera todo el día viéndola, exclusivamente atendiendo a lo que ella hace. Le ha llamado la atención además que sea particularmente incisivo con temas que a ella le importan especialmente. A él parece que todo lo que ella escriba como mensaje inicial, o como comentario en otro tuit, le molesta, y cualquier ocasión le sirve como una oportunidad para intentar derrumbarla. Los insultos suelen ser directos a través de una palabra o expresión siempre descalificándola —«estúpida, cara de trola, trava»— o más hirientes y algo más elaborados: «Esas opiniones podrías darlas si fueras a sacar algún voto, el soberano te está diciendo que no, en estos momentos la manija no sirve, CALLADITA es mejor, ORDINARIA». «Calladita sos más linda», recuerda que le decía a ella su abuela cuando protestaba por las cosas que suelen expresar las

adolescentes. Recuerda el dolor y la rabia que le provocaban aquellas palabras de la abuela que la silenciaba a ella y le daba rienda suelta a su hermano por las mismas o muy similares razones.

Por momentos le duele mucho leer los comentarios de otros participantes en las redes, pero lo ha pensado bien y le duele mucho más retirarse del espacio de las redes sociales y quedarse con la sensación de que no le corresponde el derecho a expresarse con libertad. Muchas veces piensa si esos hombres y mujeres con los que se cruza en el ascensor o en la calle serán esas figuras desalmadas que la maltratan en el espacio virtual, pero echó ese pensamiento de su cabeza cuando se dio cuenta de que le generaba una enfermiza sensación de desconfianza constante que al final la torturaba sin cesar. Así que abandonó ese pensamiento, como modo de vivir más tranquila, escindiendo el espacio real del virtual como si fueran universos paralelos, distantes y de distinta naturaleza.

\*\*\*

Aquella mañana, finalmente Amalia no pasó a buscarla. Encaró la caminata con fuerza mientras el viento montevideano le golpeaba la cara sin piedad. Al llegar a la oficina se sacó la campera y se acomodó con los dedos el cabello que llevaba amarrado con un broche sobre la nuca.

El ventanal que se despliega al costado de su escritorio le regala una vista hacia la ciudad, siempre cautivante. Más allá del momento del día, el paisaje está colmado de tinturas diversas a las que es imposible resistirse: los ojos se van solos hacia aquella maravilla de cielo que cubre la ciudad y que ella es capaz de apreciar desde una altura excepcional para el habitante cotidiano del entorno.



Tratará de disfrutar este día apacible retomando apuntes de un proyecto para la mejora de la vida de las mujeres jóvenes que supone la formación y el acceso al mundo laboral. En su división son muy pocos: dos muchachas jóvenes siempre amables y bien dispuestas a colaborar en la tarea que esté por delante y un veterano, Nacho, un gordito que se la juega de piola pero que a ella siempre le despierta una desconfianza escalofriante. No sabe muy bien por qué, a pesar de que se muestra amable, muy gracioso e insólitamente ocurrente en sus comentarios, sin embargo, le deja siempre la sensación de algo oscuro que vive agazapado en su interior. Quizás sea porque cuando ingresó a la jefatura de la división alguien le comentó que él tenía muchas expectativas de que le ofrecieran ese cargo. Acrecienta su inquietud el hecho de que Nacho tiene su escritorio contra la pared y ha notado que cada vez que ella se acerca, el salvapantallas aparece súbitamente. Es sin duda un gesto que evidentemente Nacho tiene superensayado. ¿Qué esconde? Es un pensamiento que la ha asaltado algunas veces. Sin embargo, ella no puede ofrecer objeciones a su trabajo, porque trabajar, trabaja, y su nivel de cumplimiento es adecuado.

La oficina estaba vacía cuando llegó esta mañana. Las chiquilinas habitualmente entraban una hora más tarde que ella y aunque evidentemente Nacho ya había llegado porque su abrigo estaba colgado en el perchero, seguramente había llevado algún documento a otra oficina dentro del edificio. Necesitaba acomodarse el alboroto que el viento había hecho en su pelo cuando se dio cuenta al pasar hacia el baño que la computadora de Nacho estaba encendida. Y no supo muy bien por qué pero una fuerza imparable la llevó a hacer

algo que nunca hacía: tocó la barra espaciadora del teclado buscando la imagen. Allí, en ese instante cargado de temor por hacer algo instintivo que no hubiera hecho ni en sus sueños más tremendos y cuya motivación racionalmente desconocía, comprendió por qué El Vasco 63 sabía exactamente cada cosa que ella hacía e incluso pensaba, y que el mundo virtual y el real están duramente abigarrados, dañándola siempre.

**Celsa Puente**

Seudónimo: Resistiré, Montevideo

## El derecho de todos

En donde vivo, antes del covid-19 podíamos disfrutar de reuniones periódicas en el pabellón en las que, junto con compañeros, con la licenciada en Trabajo Social Ana y la terapeuta Grisel nos reuníamos una vez por semana. En esas instancias cada uno podía dar una idea y una expresión general sobre diferentes temas, lo que se hacía muy interesante porque los demás compañeros daban su opinión y uno aprende del otro.

Generalmente nos reuníamos en la mañana cerca del mediodía y era tan disfrutable que enseguida se nos hacía la hora del almuerzo y salíamos de allí para comer.

En otras ocasiones, con la Pastoral de la Salud salíamos de paseo a la casa parroquial a disfrutar de comidas y de almuerzos.

Recuerdo que en una de esas salidas, cuando entramos al salón, miré asombrado que había una mesa larga y en la cabecera de la mesa estaba sentada nuestra directora Dra. R. P., compartiendo con nosotros. ¡Se extrañan esas salidas!

En los encuentros que se desarrollaban en la Unidad cierta vez observé un casillero vacío de varillas y eso fue suficiente para comenzar a recordar mi infancia.

Cuando tenía 12 años me decían Indio, como a mi padre, y me jorobaba la gurisada del barrio diciéndome que yo era el indio chico. Trabajaba repartiendo leche en un casillero de varilla. Las botellas que

repartía tenían una tapita de aluminio. Todavía me veo corriendo a las 5.00 a. m. por la calle. ¡Era otro país! Cuando dejábamos el vuelto era monedita sobre monedita una arriba de la otra. Algunas veces sobraban 10 centésimos, cuando no teníamos cambio; si al otro día nos reclamaban, se lo dábamos, si no, dejábamos eso por olvidado y no le hacíamos acordar. Imagínate que 10 centésimos en toda la clientela que teníamos era mucho.

Uno de nuestros clientes era el Sr. H., el dueño de una tienda grande. Compraba 4 litros, que eran \$10.05. A veces nos dejaba \$10.10 y como no teníamos para devolverle \$0.50, al día siguiente solo nos dejaba \$10.

Tengo los dedos chuecos de la mano derecha que no me permiten olvidar de cuando llevaba tres botellas de leche. Las agarraba entre el pulgar y el índice, otra entre el índice y el medio, y la tercera con el meñique. Las botellas de vidrio eran pesadas. Un casillero llegaba a pesar 21 kilos aprox. Cuando comencé con el reparto eran botellas de vidrio con tapitas de aluminio, antes tenían el cogote más grueso y eran con tapitas de cartón. También había yogur, pero las botellas eran más chicas y tenía un sabor ácido; era natural, se hacía fermentando la yoca.

En mi casa yo tenía yoca, que la compraba en la droguería, la ponía en una jarra con leche y al otro día la colaba con un colador de alambre. La enjuagaba y la dejábamos para el otro día que estaba pronta para dársela a los chiquilines.

Un día mi patrón estaba haciendo cuentas en la esquina y viene un niño y le dice «Don Francisco, sabe que tomo yogur todos los días porque me dice mi madre que el yogur hace bien». Y le seguía preguntando, hasta que en un momento, ya cansado de tantas preguntas,

mi patrón —que estaba ocupado haciendo números y el chico dale que dale— le dice: «¿Sabés con qué se hace el yogur?». Y sin dejarlo responder, le dice: «Se hace con leche podrida». No me olvido más de esa respuesta.

A las 2.30 de la mañana me iba a la casa del patrón, que era supercompañero. En ese momento mi patrón iba hasta la panadería y compraba tres flautas bien calentitas, en una olla grandota ponía 3 litros de leche con un frasco, uno para cada uno de nosotros y tenía un frasco grande de Bracafé.

Mi patrón cuando eso estaba calentito traía un tazón esmaltado sopero, nos lo llenaba y nos daba a cada uno de los empleados con una flauta. Y comíamos eso antes de salir.

Al finalizar nos íbamos a Conaprole, la que está acá en Magallanes, Nueva York y Minas, la usina número 1.

El patrón atracaba el camión, descargaba las botellas vacías, después pagaba y posteriormente salía. Paraba por atrás y atracaba sobre las cámaras. Todavía había carritos de cuatro ruedas, en la planta había una bajada para llegar a la cámara, que los caballos la bajaban sentados, y tenían una habilidad los caballos para salir para atrás, con los carros de culata.

Se abría una puertita con una cadena con rodillos y por ahí rodaban los casilleros. Los mismos iban saliendo y los iban apilando en el camión. ¡Tenías que tener mucha calidad para hacer todo sincronizado!

Las botellas de leche salían empañadas cuando aparecían recién salidas de la cámara. Cuando estaba todo pronto comenzaba el reparo por Avda. Bolivia frente al Parque Rivera, ahí eran nuestros primeros

clientes. Yo vivía a dos cuadras del reparto, teníamos muchos clientes antes de llegar a mi casa. Repartíamos en todo Carrasco, Norte, Sur, hasta allá abajo.

Viajábamos en el camión lechero. Nos largaban por una cuadra y el camión seguía y seguía con los otros muchachos.

Me doy cuenta de todo lo que hemos perdido. En ese tiempo iban a la puerta de las viviendas. Debajo de las botellas vacías estaba el dinero y nosotros les dejábamos el vuelto. Ahí contábamos los que vendían fiado, que dejaban la botella vacía y apuntaban en el almanaque. Los conocíamos a todos, los que pagaban y los que apuntaban. Con los muchachos alguna vez quisimos pasar algún litrito entre los que se apuntaban y el patrón nos decía: «No le engordes los números que le hace mal para el hígado».

Aprendí mucho con mi patrón. La gente pasaba por la vereda, había personas pobres revolviendo la basura pero nadie robaba la plata que estaba debajo de la botella. Ahora se perdieron todos los códigos.

Con los perros teníamos nuestra estrategia, si nos venían a atacar. Les dábamos con el fondo de las botellas y salían corriendo. De esta manera, nunca en el reparto me mordió un perro. Se ponían nerviosos cuando sentían el *clan, clan* del ruido del metal y gritábamos «lechero».

Un día una señora se enojó y me dijo «no grites así que me despertás a los nenes», y se fue a quejar con el patrón. Le dije a Don Francisco: «A esa vieja no le llevo más leche, me habla mal».

Después se fue a quejar con Don Francisco y él le dijo: «Mire señora que mis muchachos son casi buenos, me deja desconcertado, el muchacho siempre habla tan bien de Ud.».

La señora le dice que no me mande más. Mi patrón le dijo que lo trate «a secas, que no le hable para que sufra», y después a mí me decía lo mismo: «Le decís buen día y la tratas a secas». Al otro día la señora me miraba como un perro bulldog.

Mi patrón me decía: «No voy a tener un empleado para cada cliente». Era un fenómeno, lo que aprendí con ese hombre.

En los residenciales de Carrasco había toda clase de gente, desde diplomáticos hasta universitarios, y Don Francisco me decía: «Con la verdad no se cambia nunca».

En algunas casas tenían empleadas y, en algunas ocasiones, cuando entregaba la leche en la cocina observaba tortas que habían preparado. Un día él agarró un papel de panadería, de los que venían antes, ahora es todo nylon. Cuando entregaba la leche le dijo a la empleada: «qué buena está la torta», y la puso en el compromiso, por lo que la empleada de la casa le cortó en un cuadrado. De poca gana la empleada se la da, y en ese momento baja la cabeza y se queda como pensativo. La empleada lo mira y le dice: «¿Y ahora qué te pasa?», y él le responde: «Es que somos tres», no quedándole más remedio de cortar dos trozos más.

Trabajábamos muchas horas todos los días y los sábados era jornada doble porque los domingos no trabajábamos. A pesar de las largas jornadas nos reíamos todo el tiempo. Una vez estaba enfermo con gripe y no fui a trabajar. Mi patrón llega a la puerta y lo atiende uno de mis padres y les pide permiso para saludarme. Entra a mi cuarto y me dice: «Levantáte y andá a trabajar que se te va todo, ¡¿qué le voy a decir a las clientas, que no le den leche a sus

hijos porque tengo al empleado engripado?!». Y con fiebre y todo, me levanté y fui.

Aprendí que en la calle son siempre los mismos: el diariero, el verdulero, los encontrás a la hora exacta todos los días. La calle es una gran familia, en el ómnibus siempre viajan las mismas personas y nos conocíamos entre todos.

En Carrasco había como cinco o seis repartidores de pan fresco. Mi patrón los paraba y les decía: «Te compro pan pero si es fresco» y después que les compraba, les decía: «Este pan es viejo». Lo que sucede es que eran siete maestros pasteleros y era el pan del día pero variaba, dependía de quién lo realizaba.

Don Francisco fue marino mercante y nos contó de un naufragio que sufrió en el golfo de México. Fue uno de 14 sobrevivientes de los alemanes. Recuerda que los alemanes salieron de un submarino y agarraron al capitán y se lo llevaron.

Me decía: «El arma más grande que teníamos era un cortauñas. Bajaron la tripulación a las naves salvavidas y hundieron el barco».

Cuando vinieron a parar en Montevideo lo llevaron en andas hasta la Plaza Independencia y no entendía nada. En la entrada del puerto están escritos los nombres de los 14 sobrevivientes. Su sobrino Mario Benítez hacía boxeo, fue muy famoso, y su otro sobrino trabajaba con nosotros, Francisco Benítez.

Siempre he tenido patrones buenos, hasta un holandés que sabía tener dinero, era gerente en una barraca de lana.

Aprendí muchas cosas con él. Desde el primer día cuando me vio, me dice: «¿Usted tiene buena memoria?». A continuación, me dio un



cuaderno y una lapicera. No se hacía problemas por nada. Eso me quedó para toda la vida.

Después de haber estado 42 días en CTI en coma, cuando ni los médicos pasaban por mi cama porque no había nada para hacer, a mi esposa Beatriz le dijeron que me hablara pero que no creían que pudiera mejorar. Ella me cuidó de noche y de día, ella pateó para que vinieran a verme, hasta la empleada de la limpieza le dijo: «No le hable, Beatriz».

¿Después de eso me voy a hacer problemas por algo? Si estoy vi-  
viendo de propina.

**Hugo Saavedra**

Seudónimo: Charrúa, Montevideo



## Tierra del rincón

José María visitó a su madre en Tlajomulco de Zúñiga el mismo día que encontraron el tráiler en el lote baldío. Al llegar a casa su madre le contó que, en una calle en las afueras de la ciudad, los vecinos se habían estado quejando de un olor penetrante y nauseabundo que parecía provenir de un terreno desocupado. Se trataba de un terreno que ocupaba una manzana entera de la calle Melchor Ocampo, tapizado de hierbajos, que se mantenían a raya más por la aridez de la tierra que porque tuvieran algún cuidado.

Ahí los constructores solían tirar restos de escombros, habilitados por la impunidad de su muralla de ladrillos de hormigón expuestos, que terminaba en un punto y comenzaba unos metros más adelante, como una entrada por omisión, como si los constructores se hubieran detenido justo antes de terminar. Era un espacio sin dueño ni ley, que todos en Tlajomulco conocían porque, entre sus dunas de restos de pared, cerámica y varillas de hierro oxidado, solían organizarse fiestas comunales y de quince años. En la semana, los niños de la cuadra se juntaban a jugar fútbol y, por las noches, ahí se iban a morir los perros callejeros y festejaban sin horarios los borrachos del pueblo cuando los corrían del bar.

«Huele a muerto», dijo Doña Sol, una amiga de la madre de José María que vivía en la misma calle. Le contó por teléfono que sus hijos al ir a jugar se habían encontrado el armatoste en el medio de la cancha

de fútbol. Suponía que se trataría de un camión robado, cargado de carne animal, que los ladrones habían abandonado en plena fuga. «Es una pena, con toda la gente que se muere de hambre», se lamentó al hablar por teléfono con su amiga. Las dos habían sido vecinas en la infancia y mantenían su amistad gracias a aquel aparato, que les permitía contactarse en los escasos descansos de una vida doméstica abnegada. Ambas imaginaron el interior del enorme contenedor, lleno de piernas de res, de costillas...

«Una pena», admitió Doña Maru, echando un vistazo a la estufa prendida, donde se calentaba el guiso de la cena, con la carne de pollo desenhebrada para aparentar más cantidad.

Fue grande la sorpresa cuando le contó Doña Sol que al abrir el contenedor habían encontrado cadáveres apiñados, metidos a la fuerza, amortajados en bolsas de plástico negras. Los medios de comunicación empezaron a llegar en multitud. Un reportero le preguntó a Doña Sol, que escudriñaba desde la valla policial, si era vecina. Iba a contestar cuando, de repente, vio a uno de sus hijos intentando saltarse la valla de la policía, y le gritó furiosa: «¡Vente pa'cá, Pedro!, ¿qué andas haciendo de metiche?». Regresó su atención al reportero y le dijo molesta: «Mire, acá hay muchos chamacos que se nos pueden enfermar, pero llevan todo el día yendo y viniendo policías, y nada de que se lleven el camión». Doña Sol miró la cámara en lugar del reportero y comprobó que estaba prendido el foco rojo. Se preguntó si alguien conocido la estaba viendo y lamentó no haberse mirado al espejo antes de salir.

Antes de la cena, José María encendió el televisor en el momento en que un comentarista del noticiero hablaba con el reportero que

entrevistó a Doña Sol. El periodista explicaba que, en realidad, ese camión era del gobierno, no de una banda criminal tratando de enviar un mensaje, como se había reportado en algunos medios alarmistas. Lo que ocurría era de lo más sencillo, a pesar de su innegable tinte sombrío; se trataba de un pequeño error administrativo. La morgue estatal estaba saturada, no había lugar para tantos cuerpos y se habían visto en la necesidad de contratar un tráiler refrigerante para almacenarlos. Los doscientos cincuenta cadáveres, en total, habían tenido que ser apiñados ya que el camión sólo tenía cupo para cuarenta y dos. No habían encontrado un mejor lugar para estacionarlo que en esa calle en las afueras del pueblo.

José María trató de imaginarse a un grupo de policías amontonando cadáveres a la fuerza. Su madre miraba el televisor, sentada en el borde de la silla, atenta al guiso que gorgoteaba sobre el fuego. Tenía las manos en el regazo, sobre el mandil. Quizá por el recuerdo de su madre que solía reprenderla cuando se distraía de las labores del hogar. Su hijo estaba repantigado en el sillón.

José María cambió de canal y su madre lo miró angustiada, se había puesto de pie para volver a la cocina y se alisaba el delantal con un gesto nervioso. «¿De dónde salen doscientos cincuenta cuerpos? No me entra en la cabeza cómo es que nadie fue a buscar a ninguna de esas personas...». Su hijo asintió distraído, con la vista fija en el televisor, donde había un comercial de detergente donde una mujer rubia y muy delgada, todo lo contrario de su madre, bajita, regordeta y morena, con manos ásperas, pasaba un trapeador por un suelo reluciente. Miraba sin prestar atención, con un gesto pensativo, a la

mujer que ahora bailaba abrazada del palo de la escoba, encantada de tener una casa con olor a pino.

Pensó en la imagen del tráiler congelador que había aparecido en el noticiero. Habían sacado la toma desde el frente, donde se veía una cabina de conductor cualquiera, indistinguible. No pudo evitar imaginarse el otro lado, las puertas abiertas de par en par. Quizá los habían puesto uno sobre otro, y visto de frente parecía una especie de muro con ladrillos redondos, cubiertos de cabello negro, lacio y opaco, como el suyo. Era ridículo, pero no le cabía en la cabeza cómo habían hecho para meter tantos cuerpos en un espacio acondicionado sólo para cuarenta y tres cuerpos.

«Quizá los dieron por perdidos desde antes de que se murieran», reflexionó en voz alta Chema, después de mucho rato. Su madre respondió desde la cocina: «No, mijo, no puede haber tanta soledad... aunque quizá eran todos del mismo rancho, esos doscientos cincuenta, y como no quedaba nadie vivo, nadie los fue a buscar». José María pensó que, a pesar de que su madre era la persona más adulta que conocía, a veces parecía una niña. «Siempre quedan vivos, siempre hay alguien que sobrevive, el problema es que no siempre se sabe dónde buscar... o da miedo encontrar».

Cenaron en silencio. En esas visitas, Doña Maru solía llenar de preguntas a su hijo. Esta vez, sin embargo, estaba callada. En el fondo se escuchaba el televisor encendido. Estaban transmitiendo una telenovela. Ninguno de los dos prestaba atención, les servía para ignorar el silencio, refugiados en el ruido de las voces apostadas, los

gritos torpes y los llantos falsos, enmarcados por melodías de violín, demasiado dramáticas. «Estaba muy buena la cena, Ma», le dijo José María cuando acabó. Su madre le sonrió mientras recogía los platos.

A eso de las diez de la noche, doce horas después de que fuera el primer policía, sacaron el tráiler de Tlajomulco, la «tierra en el rincón». Los vecinos fueron testigos de las maniobras para sacarlo del terreno donde estaba estacionado y de cómo se perdió en la oscuridad cerrada de la carretera, dejando una estela de olor.

Doña Maru sintió el tacto helado del agua cuando comenzó a salir del grifo y escuchó el sonido metálico de las gotas que, alborotadas por su mano, caían con desparpajo en el lavabo y sobre los platos sucios. Le dolieron las articulaciones, el frío le causaba dolor. Sintió sus dedos huesudos un tanto agarrotados, pero continuó como si nada, limpiando los platos, enjabonando, enjuagando y acomodándolos uno tras otro en el escurridor, mientras su hijo veía noticias de fútbol en la sala.

Pocos días de su vida habían transcurrido sin que ella hubiera realizado ese ritual de limpieza. Sus manos se habían acostumbrado tanto a hacerlo que podía desconectar su mente, perderse en recuentos detallados de las ofensas del padre de Chema, del infierno que vivió a su lado y la culpable felicidad que sintió cuando avisó que se iba al otro lado, a buscar mejor suerte.

Esa vez, su mente se dedicó a deshilar el misterio del tráiler, de los cuerpos —todos con la cara de su hijo— y en pensar en las madres esperando la llegada de los que surcaban la noche en un

contenedor irreconocible, que para otros conductores podrían contener vegetales o cualquier otra cosa. Imaginó el armatoste en busca de un lugar donde poder estacionarse y donde el olor a podredumbre confundida de sus muertos no molestara. «Los muertos necesitan un lugar fijo», pensó Maru, imaginando con horror que llevaran su cuerpo sin vida de un lado a otro, y menos aún el de su hijo, «pero para tener sepultura necesitan un nombre». Imaginó que los tripulantes suspiraban, envueltos en sus humores putrefactos, con el deseo de que los encontraran a tiempo, antes de que los rostros se les borrasen y todos parecieran el mismo cuerpo, repetido ciento cincuenta, doscientas, trescientas veces, como el eco de un grito de ayuda que se va extinguendo en el medio de la nada.

Maru miró a José María, que miraba la televisión y tomaba un vaso con refresco. Le pareció demasiado joven, desamparado, con su ropa raída y manchada por el trabajo de albañilería. Por primera vez, empezaba a adivinar en él los rasgos de su padre, que solía sentarse en ese mismo lugar cuando los venía a visitar y le traía ropa moderna y juguetes al hijo, hasta que un día, sin aviso, dejó de hacerlo.

Por primera vez sintió su ausencia, ya no por el amor que tanto se esforzó en arrancarle del corazón, o por el raquítrico apoyo económico que a veces les mandaba, sino por algo mucho más elemental, que nunca había considerado. Si no estaba él, era una persona menos que podría ver el rostro de su hijo y conocer su nombre si desaparecía y había que buscarlo en contenedores. A Maru se le ocurrió, de repente, que quizá él mismo se encontraba en alguna peregrinación



de muertos confundidos. Asustada de sus pensamientos, se secó las lágrimas con el dorso de la mano y encendió la radio. Un bolero asustó a los pensamientos oscuros, que volaron en desbandada, como palomas al sentir pasos.

**Andra Vizcaíno**

Seudónimo: La tesista, Montevideo

## ACTA DE FALLO FINAL DEL CONCURSO DE CUENTOS

En la ciudad de Montevideo, el día 30 de octubre de 2020 a las 15 horas, en la sede de la Institución Nacional de Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo ubicada en Bulevar Artigas 1532, se constituye el Tribunal del *Concurso de Cuentos sobre los Derechos Humanos «Contando Derechos»*. El mismo es integrado por la Directora Mariana Blengio Valdés (INDDHH), Horacio Cavallo (Escritor), María Rossi (INDDHH).

La convocatoria cerró su plazo de presentación de propuestas el 28 de agosto de 2020.

El Tribunal resuelve por unanimidad, según el siguiente detalle:

	Tercera categoría: de 18 a 29 años		
	Nº	Seudónimo	Título
<b>Primer puesto</b>	<b>152</b>	<b>Literando</b>	<b><i>De tigres y jaulas</i></b>
Mención especial	63	Vero Cabrera	<i>Cultivando sueños</i>
Mención especial	90	Inchalá	<i>Abayubá</i>

Para constancia de lo actuado, se labra la presente que se otorga y firma en el lugar y fecha indicados.

## ACTA DE FALLO FINAL DEL CONCURSO DE CUENTOS

En la ciudad de Montevideo, el día 30 de octubre de 2020 a las 10 horas, en la sede de la Institución Nacional de Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo ubicada en Bulevar Artigas 1532, se constituye el Tribunal del *Concurso de Cuentos sobre los Derechos Humanos «Contando Derechos»*. El mismo es integrado por la Directora Mariana Blengio Valdés (INDDHH), Rosario Peyrou (Escritora), Virginia Martínez (INDDHH).

La convocatoria cerró su plazo de presentación de propuestas el 28 de agosto de 2020.

El Tribunal resuelve por unanimidad, según siguiente detalle:

	Cuarta categoría: desde 30 años		
	Nº	Seudónimo	Título
<b>Primer puesto</b>	<b>155</b>	<b>Peregrina</b>	<b><i>Retrospección</i></b>
Mención especial	62	La tesista	<i>Tierra del rincón</i>
Mención especial	72	Resistiré	<i>El Vasco 63</i>
Mención especial	119	Belda	<i>Vida</i>
Mención especial	181	Charrúa	<i>El derecho de todos</i>





# Índice

<b>Presentación</b> .....	7
<b>De tigres y jaulas</b> .....	11
María Eugenia Britos, Montevideo	
<b>Cultivando sueños</b> .....	17
Verónica Cabrera, Rivera	
<b>Abayubá</b> .....	21
Ana Karen Migliorini Flores, Barros Blancos, Canelones	
<b>Retrospección</b> .....	31
Norma Visconti, Montevideo	
<b>Vida</b> .....	37
Juana Canosa Bonjour, Montevideo	
<b>El Vasco 63</b> .....	45
Celsa Puente, Montevideo	
<b>El derecho de todos</b> .....	51
Hugo Saavedra, Montevideo	
<b>Tierra del rincón</b> .....	59
Andra Vizcaíno, Montevideo	





